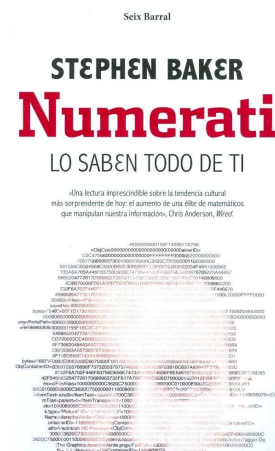


Numerati

Stephen Baker, Madrid, Seix Barral, 2009

Stephen Baker ha escrito un libro que no va a dejar indiferente a nadie. Y lo ha hecho como acostumbra los norteamericanos, de una manera inductiva, presentando los problemas a partir de ejemplos corrientes, con pragmatismo y sencillez, aun cuando los asuntos propuestos presenten complejidades y desarrollos que, por ahora, somos incapaces de vislumbrar en todo su alcance y ante los cuales, el autor, guiado por un espíritu optimista y cauto, evita adentrarse demasiado.



En nuestra sociedad, en la que la tecnología de los microprocesadores y el consumismo van de la mano, acontece una paradoja: contra lo que podría suponerse, cuanto más progresa el individualismo menos espacio queda para la privacidad. Cada vez más, una porción mayor de nuestros actos privados se convierten en públicos al quedar registrados electrónicamente fuera de nuestro conocimiento y control. Esa montaña aparentemente informe de pequeños actos, inconexos y poco significativos si se consideran aisladamente, está a la espera de que alguien la ordene para darle el sentido que esconde.

Los matemáticos expertos en estocástica (a los que el autor llama *numerati*), ayudados por potentes ordenadores, están en condiciones de descubrir el algoritmo mágico que saque a la luz el perfil individual de cada uno de nosotros, una especie de réplica fantasmal de nuestra vida formada por miles de retazos registrados electrónicamente. Si los *numerati* resuelven con atino este desafío obtendrán una composición de nosotros bastante semejante al original de carne y hueso. Al completar esta tarea con éxito, sin que lo sepamos, alguien estará en disposición de conocer nuestros hábitos, manías, secretos y, sobre todo, anticipar nuestros deseos. Los propietarios de nuestros datos comerciarán con nuestros datos, los venderán a los mejores postores con el objetivo de que los aprovechen en su beneficio aun cuando esa utilización vaya en contra de nuestros intereses y de nuestra privacidad.

Pero, con ser grave, esto no es lo peor del caso. No se trata sólo de que quienes tengan acceso a nuestros perfiles sepan más de nosotros que nosotros mismos. Lo realmente perverso es que ese conocimiento ilegítimo puede ponerse al servicio del control y de la dominación de cada ciudadano. Si alguien conoce nuestras necesidades, manías, pulsiones, debilidades y hábitos, está en condiciones de adelantarse a nuestras reacciones y ponernos el señuelo adecuado en el momento oportuno para modificar nuestra conducta. Por no decir que si un tercero tiene datos embarazosos de nosotros que pertenecen a nuestra intimidad, puede intentar manejar nuestra vida a su antojo. Por lo tanto, en nuestra sociedad, en nombre del progreso tecnológico, de la libertad de empresa, del consumismo, del conocimiento sociológico y del refinamiento de las investigaciones de mercado, el individuo corre el riesgo de perder a la vez la privacidad y la libertad, que son dos de los rasgos que definen precisamente la esencia de la individualidad.

En consecuencia, por vez primera en la historia de la humanidad está abierto el camino a la constitución de un despotismo blando que, por ser poco perceptible, anónimo y descentralizado

resultará mucho más estable que cualquiera de los despotismos conocidos que, por evidentes y brutales, eran más fáciles de combatir. Al menos, antes se sabía dónde estaba el déspota. No es un disparate imaginar que bajo estas nuevas condiciones se puede constituir un orden social que ya no necesitará ejercer la violencia para asegurar la dominación. En un mundo sin privacidad bastaría con ejercer una falsa persuasión para mantener la quimera de que seguimos siendo libres y de que actuamos según nos dictan la razón, nuestros sentimientos y nuestros impulsos. En consecuencia, estamos más cerca que nunca de que se alcance el ideal de la dominación despótica: la construcción de un panóptico universal en el que los individuos susceptibles de ser dominados resulten totalmente transparentes ante los que detentan el poder, mientras que aquellos que nos dominan son invisibles porque, gracias a su saber y a la tecnología que controlan, se ocultan detrás de mamparas opacas.

Sólo hay tres maneras de escapar a esta tiranía. La primera consiste en renunciar a tener cuentas corrientes o a utilizar teléfonos móviles, ordenadores, tarjetas de crédito, de la seguridad social o cualquier otro artefacto que contenga un microchip. Es evidente que esta opción nos llevaría a abandonar la sociedad y desde Aristóteles sabemos

“que el hombre es por naturaleza un animal social, y que el insocial por naturaleza y no por azar es o un ser inferior o un ser superior al hombre. Como aquel a quien Homero vitupera: sin tribu, sin ley, sin hogar.” (*Política*, libro I)

La segunda alternativa nos obligaría a mentir como bellacos cuando navegamos por Internet, abrimos un blog, participamos en una red social, enviamos un correo electrónico o contestamos a las preguntas que nos hace nuestro médico para que complete nuestro historial. Esta opción, por razones evidentes, también resulta inviable.

Pero hay una tercera posibilidad, aunque muy trabajosa y difícil de construir: regular el funcionamiento de la red y de las empresas que rastrean información privada, así como las condiciones de almacenamiento de los datos y su posterior utilización por terceros. Esta opción supone ejercer un control democrático que debe preservar la libertad pero limitada por otros derechos que no pueden ser minusvalorados en nombre de una concepción ilimitada de la libertad que no existe ni en la fantasía de los hombres.

Durante mucho tiempo ha dominado la idea de que no era conveniente ni moralmente aceptable regular Internet y la utilización del rastro que vamos dejando cuando usamos microchips electrónicos. Afortunadamente, hoy día, tras años de experiencia acumulada, ya no caben más ingenuidades sobre las bondades inenarrables del uso de terminales electrónicos de comunicación. Por ejemplo, pocos creen ya en la idea disparatada de que la red es un fin en sí misma. Como nos demuestran los hechos la red no es más que un medio y, como cualquier otro medio conocido, puede servir a fines moralmente buenos o, por el contrario, absolutamente reprobables. Dado que esto es así, necesita ser regulada y corresponde a quienes niegan esta evidencia el demostrar (asunto imposible por otra parte) que la red no es un medio sino un fin.

Otro lugar común que ya no se sostiene es que en la red todos actuamos anónimamente. Esta suposición está muy lejos de ser cierta ya que el común de los mortales deja en la red una serie interminable de rastros que reflejan cómo es y qué quiere. Un buen rastreador con olfato y medios puede seguir e interpretar todas esas señas y hacerlo con total discreción. Así que, por ahora, el anonimato sólo está asegurado para el que invade el anonimato ajeno, para el que

actúa con malas intenciones o para el que dispone de la tecnología adecuada que le blindo frente a la mirada indiscreta de terceros.

Otra suposición falsa es que en Internet la gente actúa desinteresadamente y que cualquier iniciativa que por allí discurre es altruista y no hace daño a nadie, como si el sentarse delante de un teclado cambiara la calidad moral de las personas malvadas. Al lado de ciudadanos honestos circulan por Internet pederastas, terroristas, vendedores de falsas medicinas, ladrones de la propiedad intelectual y del patrimonio ajeno, suplantadores de personalidad, esparcidos de bulos y difamadores profesionales que pueden arruinar la vida de los demás con un solo clic de ratón.

Dado que se van derrumbando algunos mitos sobre Internet, propios de los románticos inicios de su expansión, es necesario cambiar nuestra perspectiva sobre la red, buscando alcanzar el difícil equilibrio entre conjurar los peligros que se derivan de un funcionamiento sin reglas sin que, por ello, se malogren sus potencialidades tan brillantes. No deberíamos olvidar que, hoy más que nunca, somos las huellas que dejamos.

Para finalizar, como ya es costumbre en estas reseñas, dedicaremos unas palabras a la traducción. Diremos que el trabajo realizado es correcto y que se echa de menos que en la edición a la venta en España no se hayan limado algunas de las expresiones utilizadas por el traductor que, con ser completamente acertadas en el español hablado y escrito de México, resultan un tanto inapropiadas para el lector español.

Emilio Alvarado Pérez